

tadoras se desarrollan con cierta simultaneidad en todos estos países. Al mismo tiempo que San Martín preparaba su memorable travesía de los Andes, Bolívar se batía por la libertad del pueblo venezolano. Y ambos se encontraron en Guayaquil en momentos en que el uno acababa de libertar a Chile y parte del Perú y el otro daba por terminada su campaña.



BOLIVAR EN COLOMBIA

Por *Numa Quevedo*

En el año de 1966 visitó a Bogotá el señor doctor Numa Quevedo, sin arcos diplomáticos, únicamente deseoso de visitar a Colombia. Fruto de su permanencia en Bogotá, es el artículo que publicamos a continuación y el cual es un testimonio vivo de la profunda admiración por nuestro país de quien es hoy Embajador de Venezuela en Colombia. Esto demuestra cómo el ilustre Embajador siempre ha sentido un profundo afecto por nuestra patria.

(La Dirección).

La ingratitud únicamente, pasándole de claro el corazón, consiguió al fin contra el héroe lo que no habían podido ni el odio, ni la venganza, ni la muerte.

Guillermo Valencia.

“El Nacional”. Caracas, 25 de abril de 1966.

El martes 19 de abril conmemoramos la fecha de la acción inicial de nuestra epopeya emancipadora, acontecimiento que es imperativo vincular a estas impresiones de hoy, recogidas en los propios lugares que recorrimos con ocasión de nuestra visita a Colombia durante la Semana Santa. En la señalada oportunidad estuvimos en la hermana República, cuya capital, Bogotá, con tanto acierto llamada la Atenas de América, se extiende sobre su gran sabana, de firme tonalidad verdeante, con su evidente señorío, y, en muchos aspectos, todavía con acento definitivamente colonial, clima verdaderamente reparador; es una ciudad sencillamente agradable, propicia al visitante, al viajero que en medio de este mundo atómico, aún gusta ese saludable deporte que consiste en caminar con facilidad y con holgura. En fin, una urbe rodeada de cierto ambiente europeo, con sus edificios de sólida estructura, avenidas, paisajes, detalles y rincones, donde se conserva el sentido y la integridad de una tradición que sigue siendo timbre y prez de las colectividades normalmente organizadas.

Empero, la emoción poderosa es el Libertador, ese “polígono sin par de todas las hombrías”, como lo llamó un notable escritor colombiano. Hay culto y fervor en todas partes. Desde la plaza principal, en cuyo centro se levanta el bronce de Bolívar, pleno de serenidad, hasta el norte de la ciudad con otro monumento adornado con las banderas de las naciones bolivarianas; y en el propio corazón de Bogotá, la “Quinta de Bolívar”, consagrada a la memoria del Padre de la Patria

y lugar de su residencia como gobernante y estadista, todo es un conjunto admirable que refleja profundamente así el testimonio de veneración que se rinde al Libertador, como el propio escenario que sirvió de reposo, aunque muy breve, a la impetuosa existencia del genio americano, que en forma portentosa integró la más extraordinaria síntesis humana, suma de pasión, de libertad, de grandeza, de amor, de adversidad, de conciencia y de heroísmo.

La "Quinta de Bolívar" es una mansión que guarda el tesoro de los recuerdos y reliquias que integraron su mundo íntimo, rodeada de jardines, de un panorama difícil de encontrar en ningún otro sitio, que refleje con mayor exactitud la fascinante personalidad del Libertador. Como dato de su incomparable dinámica y de su asombrosa actividad, fuerza es mencionar que en esa casa, que fue suya por diez años, no vivió sino los meses de febrero y octubre de 1821, a su regreso del Perú en 1826, al retornar de Venezuela y los días de la conspiración septembrina en 1827.

En esta Quinta reina el respeto, la diligencia y el cuidado, y hasta un instintivo temor de tocar algo que pueda alterar el silencio y la elocuencia de aquellos objetos venerables que se quedaron en la doliente soledad, cuando el Libertador partió para Santa Marta, la última escala del ínclito proscrito, de aquel "afortunado segador de los bermejos mirtos", principio y fuerza, columna y luz, razón y espada de la más vigorosa revolución americana, intelectual y social.

En el mismo orden de ideas y por la vía que conduce a Tunja, tropezamos con el monumento del intrépido General Anzoátegui, y por este camino, con el Parque consagrado a la Batalla de Boyacá y a los héroes del 7 de Agosto de 1819. Bolívar y Santander en primer término. Las Repúblicas bolivarianas están allí presentes con su placa. El Parque cultivado con grande esmero, es una expresión del reconocimiento y de la admiración a los valientes de la gran jornada histórica. Hasta en la propia grama, trabajada con técnica y finura, se han grabado pensamientos alusivos a la causa de la libertad y de la justicia, a la acción y al talento, cuando éstos se emplean solamente para conquistar el inmenso bien de la dignidad cívica y para reafirmar la vigencia, sin mengua ni alteración, del ejercicio de los derechos humanos.

En la prensa de estos días hemos leído con motivo del sesquicentenario de la muerte de Miranda, lo relacionado con el programa de los diversos actos que se está elaborando en la República de Colombia y en homenaje a la memoria del egregio Precursor. La Academia de la Historia de Colombia tiene el propósito de dirigirse al Gobierno de Venezuela, a objeto de que éste done una estatua para ser colocada en la avenida que lleva el nombre del ilustre Prócer, ubicada

en una de las más importantes arterias de la ciudad, todo esto en orden a intensificar y consolidar más y más la tradicional fraternidad colombo-venezolana.

Para todo venezolano, sin distinciones de ninguna especie, la visita a la Quinta de San Pedro Alejandrino constituye un esfuerzo de contracción de los nervios y músculos del rostro, para evitar que el sentimiento y la emoción se desborden en forma incontenible. Anhelábamos con ansia realizar esta visita a Santa Marta. Filosóficamente hablando, es un acto sublime que estremece el ánimo, por medio de lo patético y lo grandioso. Es como una inundación de añoranzas que se precipita sobre el alma y la materia de quien se acerca a aquel trozo de tierra, sagrado asilo donde parece oírse el llanto del silencio y de una naturaleza no conforme con el drama inaudito de una realidad, esa misma naturaleza a quien retó en hora superba el verbo fundamental. Dolor, callada protesta, recriminación, ingratitud, acusación. Todo está allí, a la sombra del más grande y pedagógico martirio. Lo épico y lo triste en una extraordinaria mezcla de hazañas, que han parecido y seguirán pareciendo fábula a la posteridad; ímpetu sobrehumano, titánico esfuerzo, todo dentro de la más perfecta y contradictoria conjunción humana. La habitación postrera, con esta conmovedora decoración: el lecho modestísimo, el escritorio donde firmó su testamento político y estampó su juicio definitivo ante las fracciones políticas en pugna, ofrendando su propia vida como condición y garantía supremas para la estabilidad de la unión; la silla, que sintió el peso levisimo de aquella anatomía que ya era polvo de gloria y gloria de infortunio en sus últimos momentos; y el reloj de pared con su horario y con su minuterio, marcando el pulso paralizado de las horas.

En este sosegado panorama, se siente como que el pasado "vuelve al galope", con su carga de dolor y de laureles, con sus errores y con sus victorias, con sus albores y con sus ponientes, y se yergue ante la grandeza de este sitio, frente al mar doído que lo vio partir hacia la inmortalidad "*como un lento crepúsculo del trópico*" en el gallardo decir de García Calderón; el mar que lo vio marchar "*en el tremendo momento de la calma del despecho*", engrandecido y lóbrego, herido por el desgarrón de haber arado en la nada y la nostalgia de haberle tocado la misión del relámpago, como él mismo lo escribiera desde los propios bordes del sepulcro, a Fanny du Villiers: "*Me tocó la misión del relámpago; rasgar un instante la tiniebla, fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío*". Pedazos de un formidable espíritu. Destellos del semidiós vencido, listo para dialogar con la inmensidad desconocida que estaba ya en trance de sorpresa y de tribulación.